11319

JOYAS DEL TEATRO.

COLECCION DE LAS MEJORES OBRAS DRAMÁTICAS REPRESENTADAS

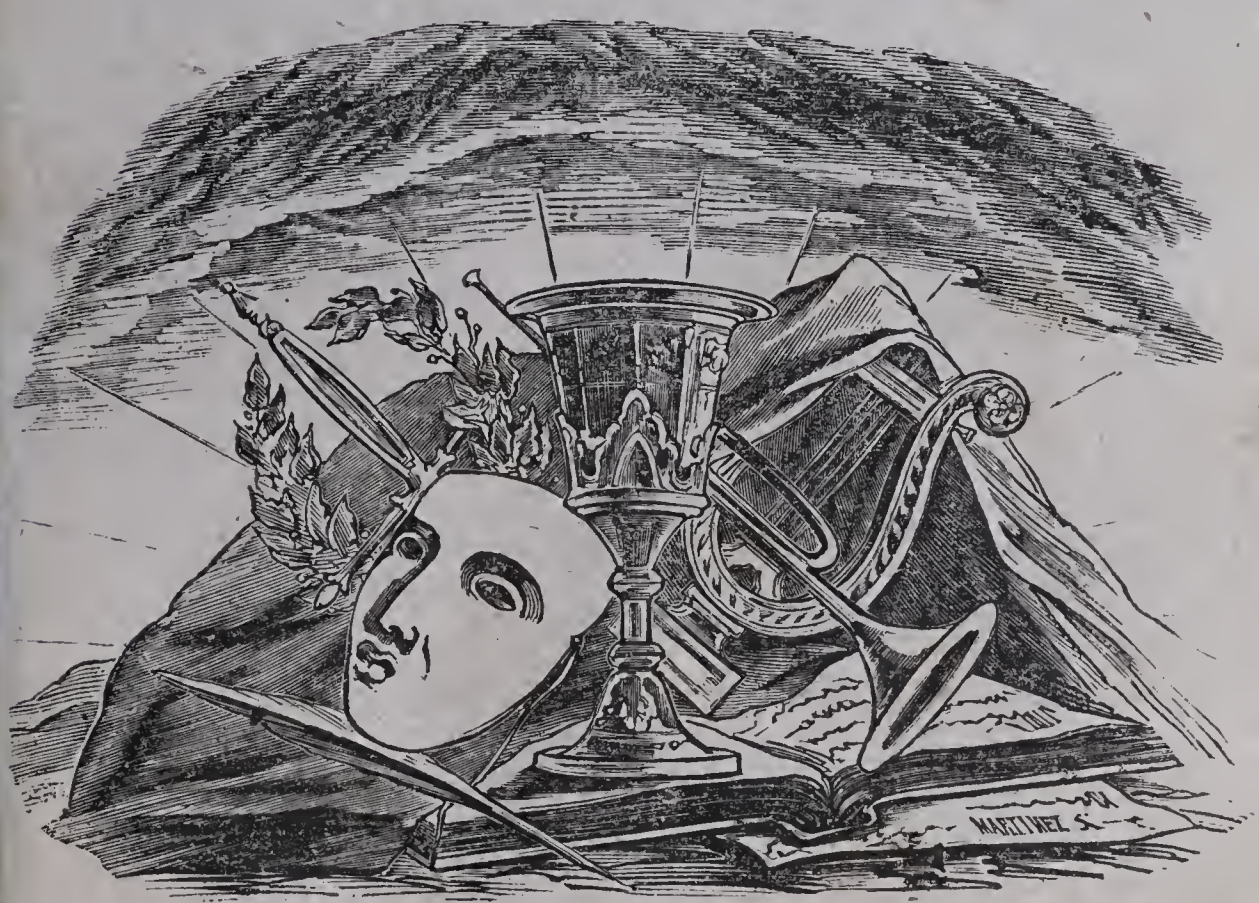
EN TODOS LOS TEATROS DE ESPAÑA Y ULTRAMAR.

TEATRO PRINCIPAL.

UNA TEMPESTAD DENTRO DE UN VASO DE AGUA,

comedia en un acto.

2 reales en Barcelona.—3 fuera.



BARCELONA,

Imprenta y librería de la Sra. Viuda é Hijos de MAYOL, editores,
calle de Fernando VII, núm. 29.

1850.

UNA TEMPESTAD DENTRO DE UN VASO DE AGUA.

COMEDIA EN UN ACTO,

traducida libremente del francés por Manuel García Muñoz.

Personages.

ADELA.	Doña Matilde Duclós.
FELIPE.	D. Joaquin García Parreño.
UN MOZO.	D. N.

La escena pasa en los baños de Dieppe.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un salon elegante con puerta al foro, abierta la cual se ve mar en lontananza: á la derecha del foro debe haber otra puerta que dé á las ıbitaciones interiores: en el ángulo de la derecha una ventana, en el de la izıierda una chimenea; sobre esta un reloj y dos candelabros; á la izquierda en imer término un bufete, en el que hay dos platos con fruta, cucharas, tenedores cuchillos, pan, jamon, una langosta, un limon en un plato pequeño, dulces y a botella de vino; mas adelante y al lado izquierdo tambien, una mesa puesta ra dos personas en la que debe haber ostras, langostines, un pollo asado, una ella con agua, y al lado de la mesa un cubo que sirve para poner á enfriar las ellas: al levantarse el telon solo habrá una dentro del cubo: sobre una silla, á derecha de dicha mesa, un necessaire; debajo de la ventana un cofre cerrado, al lo de este una silla que contenga el chal y el sombrero de Adela; mas léjos, so- otra silla, una sombrerera de señora; al lado de la puerta de la derecha del o el cordon de la campanilla: en medio del escenario, una enfrente de otra, las maletas de Adela y de Felipe; en el foro sobre una silla una pequeña maleta de ro; al lado de la chimenea una sombrerera de hombre; sobre la chimenea pa- s y diarios; en una esquina de aquella un parayuas con funda; á la derecha taburete con encajes y gorros; á la derecha y en primer término un velador tapete, encima del cual hay un bastidor pequeño liado, una caja para conte- un aderezo, dos sombrillas, un juguete envuelto en un pliego de papel ó ju- es, un libro en 8.°: en la silla que está al lado del velador ocho tomitos en 16 liados con una cinta, tres pares de botitas de señora sobre los libros: dichos os estarán colocados de modo que demuestren el desórden natural en un viaje ipitado: dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

en la ventana hablando con los que figuran estar adentro.

ELA. Pierda V. cuidado, tio; si la carta que V. espera con tanta impaciencia llega durante su paseo yo se la enviaré á V. con Antonio. — Ah! Antonio, no deje V. de encargar que dispongan el coche que nos ha de conducir á Forges despues del desayuno de Cour-

berive. — Querido tio, si ve V. á Courberive dígale V. que le espero: que V. se divierta mucho en su paseo, y no olvide el venir á reunirse allá con nosotros cuando haya recibido la carta. A Dios, á Dios. — Pobre tio! qué lástima que no pueda marchar hoy con nosotros! pero esa maldita comunicacion política que espera hace seis meses, esa carta que nunca llega!... Desde que mi tio Fernando se metió en una conspiracion ya no dejó de conspirar; parece que esa agitacion, esa intranquilidad le dá la vida! Pero á todo esto olvido que mi camarera está ya en Forges esperándonos y que tengo que acabar de arreglar las maletas. Veamos! (*Yendo á la derecha.*) En donde pondré estas botitas? en el cofre? está ya lleno hasta lo alto; además podria arrugar mis vestidos. Ah! aquí entre la ropa de Felipe, sobre sus corbatas: eso es! aquí están perfectamente. (*Las ha metido en la maleta de Felipe.*) (*Va hácia la izquierda.*) Y el necessaire? Dios mio! cuanto hay que guardar todavía! cuando una se muda ó viaja!... Qué pesado es esto, y qué tosco para ir entre ropa fina! lo pondré tambien en la maleta de Felipe, entre sus chalecos, tal vez se arrugarán, pero no importa, Felipe es tan bueno! no ha variado aun para conmigo, y eso que hace tres años que estamos casados. (*Va hácia la derecha y observa lo que hay sobre el velador.*) Qué veo! mis sombrillas, mi aderezo, el bastidor, las novelas!.... Aun hay sitio para todo, poco es pero... muy apiñado irá... la ropa de hombre tiene mas resistencia que la de señora. (*Ha colocado los efectos que ha nombrado en la maleta de Felipe y la cierra.*) Gracias á Dios! ya está cada cosa en su sitio: por este lado estoy descansada. (*Examina la comida que está sobre la mesa.*) Le gustará el almuerzo? creo que no he olvidado nada: debe ser algo fuerte nuestro desayuno porque no comerémos hasta llegar á Forges... Forges! en esa poblacion se cifran nuestras esperanzas; ojalá que no salgan fallidas! Ah! si se realizasen cuanto disfrutaríamos los tres! mi tio Fernando, Felipe, y yo: yo sobre todo! Este libro que Felipe me ha dado esta mañana esplica, segun él me ha dicho, las principales y sorprendentes curas y milagros que se deben á las aguas de Forges. Leamos. (*Se sienta al lado del velador, coje el libro que hay sobre él y lee.*) «Tratado de las aguas de Forges, su fama, sus virtudes, sus propiedades minerales.—Biografías de mujeres célebres que debieron á dichas aguas poder tener sucesion.» Yo no puedo comprender cómo tan solo la fortaleza de dicha agua... no en vano se la llama prodigiosa. «Obra instructiva y moral.» Este último titulo me detiene: continuaré? pues que mi marido lo quiere!.... «Ana de Austria casada con Luis XI por espacio de veinte años no habia tenido un heredero: en vano habian apelado ambos esposos á las promesas, á los ruegos, á las peregrinaciones: la afliccion era general; el rey y el pueblo no gozaban un instante de contento, porque la corona se veia amenazada de pasar á una familia estraña. Un dia, un campesino de la Lombardía, un trabajador de la aldea de Forges pidió hablar en secreto con la reina: admitido en la presencia de Ana de Austria manifestó á esta que su esterilidad cesaria si tomaba las aguas de Forges por espacio de algunos meses. La reina se rió del consejo y del remedio, su confesor y su médico se mofaron tambien del labriego, pero Luis XIII le dijo que seguiria su consejo, y le mandaria ahorcar si no producia buenos resultados. La corte se trasladó á Forges, y á pocos meses la reina Ana, (*Se detiene para volver la hoja, y repite la frase. Felipe sale.*) la reina Ana...

ESCENA II.

ADELA, FELIPE.

(*Este ha oido las últimas palabras de Adela; lleva en la mano izquierda una caja de pistolas, dos cajas de cigarros en la derecha y sobre el brazo un pájaro disecado, á medio armar.*)

FELIPE. Tuvo sucesion, y algun tiempo ántes del nacimiento de Luis XIV fué amada con delirio por el cardenal Mazarin.

ADELA. No es fuera de propósito la reflexion.

(*Adela pasa á la izquierda, entre tanto que Felipe deja sobre el velador que está á la derecha los objetos mencionados.*)

Leia el libro que me has dado esta mañana.

FELIPE. Y qué te parece?

ADELA. Creo que exajera algo las virtudes de las aguas minerales.

FELIPE. Ya veo que no tienes mucha fe en ellas.

ADELA. Perdona, Felipe, pero quisiera que

no fuese el director de los baños el que hubiese escrito estas noticias.

FELIPE. Y qué mas da...

ADELA. Él mas que otro alguno está interesado en ensalzar los grandes efectos de dichas aguas, pues vende *la fecundidad* á tres francos por botella.

FELIPE (*yendo hácia el foro.*) Zumbona! pronto sabrémos si dice la verdad. Ah! si fuésemos tan felices que tuviésemos un heredero! sabes que tu tio quiere que nuestro futuro hijo sea Grande de España como él.

ADELA. Sí! entre tanto mi tio está desterrado y será preciso que haya en España otra revolucion para que le devuelvan su grandeza.

FELIPE. La habrá, no te quepa duda.

ADELA. Si, para que nuestro hijo que todavía ha de nacer sea grande de España, eh?

FELIPE. Qué incrédula eres! En donde está tio?

(*Va á la derecha, toma las cajas de cigarros, abre su maleta, y viendola llena se dirije hácia la de Adela que se ha sentado á la mesa durante el diálogo.*)

ADELA. Ha salido hace poco.

FELIPE. Ha hecho bien: el dia convida á pasear. Lástima es dejar á Dieppe en un dia tan hermoso!

ADELA (*corriendo con ajitacion hácia su maleta.*) Qué estás haciendo?

FELIPE (*con calma.*) Meto aquí mis cajas de cigarros.

ADELA. Entre mis vestidos!

FELIPE. Tu has puesto tu calzado entre los mios. (*Lo restante lo dice yendo á tomar la caja de pistolas y el buitre disecado.*) Son escelentes los cigarros! mira, panetela superior.

ADELA (*componiendo su maleta.*) Dios mio, Dios mio! (*En este instante Felipe, de quien Adela ha seguido los movimientos, pone la caja de pistolas en la maleta de Adela que lanza un grito.*) Ah!

FELIPE. Son mis pistolas.

ADELA. Sobre mis sombreros!

FELIPE. No tengas miedo, están descargadas.

ADELA. Vas á ajarme los sombreros; no lo quiero — Aun mas!

FELIPE. Estoy haciendo un poco de sitio para este precioso buitre que maté en la última cacería.

ADELA. Pero...

FELIPE. No he tenido tiempo para hacerle armar mejor y que le construyesen una caja á propósito.

ADELA. Oh!

FELIPE. Yo hubiese metido las pistolas en mi maleta; pero la he hallado ocupada por tu necessaire y otras frioleras y...

ADELA. No te quiero decir nada; haz lo que te acomode.

FELIPE. Vamos no te enfades! (*Cojiéndole la mano.*) Voy á repararlo todo. Los cigarros las pistolas y el buitre los dejarémos aquí. (*Adela hace un movimiento de disgusto.*) No tengas miedo, yo lo colocaré de modo que todo esté bien. (*Adela pasa al lado izquierdo.*) Creo que jamás ha venido tanta gente á tomar los baños. Lóndres queda este año despoblado: no verás por todas partes mas que ingleses é inglesas.

ADELA. Inglesas! al menos ese encuentro no te causará fastidio.

FELIPE. No, porque tu eres casi inglesa y siempre que veo á las inglesas me acuerdo de ti. Tu larga permanencia en Inglaterra te ha hecho adquirir parte de sus costumbres, y la gracia que caracteriza á las españolas unida á aquellas, te presentan á mis ojos y á mi corazon con un encanto que es mas fácil sentir que espresar. (*La abraza.*)

ADELA. No te espresas tan mal!

FELIPE. Lo crees así?

ESCENA III.

DICHOS, UN MOZO.

MOZO. Han traido esta carta para V.

FELIPE. Venga: gracias. (*Se va el mozo y cierra la puerta.*)

ESCENA IV.

DICHOS, *ménos* EL MOZO.

FELIPE. (1) (*Leyendo el sobre.*) « M. Courberive » qué sobre tan orijinal! Aquí no dice ni monsieur ni madame! solamente: «M. Courberive» que es nuestro apellido.

NOTA DEL AUTOR. *El actor encargado de este papel tendrá sumo cuidado en pronunciar la eme que precede al apellido de Courberive no como abreviatura de cualquier nombre sinó como si estuviese escrito así: «Eme Courberive»*

ADELA. De donde viene? (*Mira el sobre.*) De Douvres.

FELIPE. No conozco á nadie en Douvres.

ADELA (*cojiendo la carta*) Es para mí. (*Va hácia el bufete.*)

FELIPE. Ah! tú conoces gente en Douvres!

ADELA. Si he sido educada allí! esta carta es de una compañera de colejio: (*La mete en su bolsillo.*) despues de almorzar la leeré.

FELIPE. Por qué no la lees ahora?

ADELA. Ya me figuro poco mas ó ménos lo que me dirá: lo que puede decir una amiga. (*Coje su cubierto.*) Vamos á almorzar? (*Se sienta á la mesa.*)

FELIPE. Vamos, y despues irémos á Forges. Ojalá estuviésemos ya de vuelta, y con la certeza de tener un heredero: esta idea ocupa mi imajinacion. Un hijo, un hijo! con tu misma cara.

ADELA. Yo quiero que se parezca á ti.

FELIPE. Yo deseo que tenga los ojos como los tuyos, negros.

ADELA. No, azules como los tuyos.

FELIPE. Pues partamos la diferencia, que enga uno azul y otro negro.

ADELA. Vamos, siéntate.

FELIPE. Si, porque tengo mucho apetito esta mañana. — Escelente almuerzo!

ADELA. Te parece bien? yo le he hecho preparar.

FELIPE. Reconozco tu tacto y tu desvelo por satisfacer todas mis pasiones. (*Pone una mano sobre un hombro de Adela.*) Supongo que no es mi presencia lo que te impide leer esa carta!

ADELA. Ya sabes que nunca te he ocultado nada.

FELIPE. Pero ahora...

ADELA. Vamos, te perdono porque veo que no te pones sério para hablarme.

FELIPE. No, por qué me he de incomodar! Una carta escrita desde *Douvres* por una amiga tuya, no merece... Están muy buenas las ostras.

(*Le ofrece una á Adela que alarga el plato.*)

ADELA. Cómo sabes qué esta carta viene de Douvres?

FELIPE. Porque tú misma lo has dicho; — y porque los caractéres rojos que lo indican se ven desde una legua. — No hay limon? (*Adela se levanta y coje el limon que está sobre el bufete.*) Y como sabes tú que esa carta te la dirije una amiga de colejio?

ADELA (*de pié, partiendo el limon.*) No se conoce por ventura la letra de una amiga?

FELIPE. En el colejio de Douvres tendria unas doscientas ó trescientas compañeras... Sabes que es muy difícil conocer la letra de un entre tantas, á no ser que reinase entre vosotras dos tan gran intimidad...

ADELA (*echándole de beber.*) Al fin hará que me ria porque veo que hablas con formalidad.

FELIPE. (*Cojiendo la mano de su mujer en instante en que ella vierte el agua en el vaso*) No, nada de eso: únicamente pienso, y tú sabes tambien, que el mejor amigo de una mujer es su esposo, (*pone la botella á enfriar*) que la confianza en el matrimonio es la felicidad suprema: no quiero decir con esto que leas... tu deseo es ver esa carta despues d desayuno, cúmplele: poco me importa saber que encierra. Almorzamos?

ADELA. Pero tú crees que esta carta contie algun secreto?

FELIPE. (*enfadado*) Porqué dices eso?

ADELA. Porque sin duda supones que es carta es de otra persona y no de una ami mia.

FELIPE. Y quien es el que puede decir: mi no me escribirán cartas mas que mis am gos?» Cualquiera tiene derecho de dirigirse nosotros, porque en los correos admiten tod las cartas, los carteros miran á donde van rigidas, y sean de Juan ó Pedro ó de cualqu ra persona enamorada de otra...

ADELA. Yo no conozco á nadie que pu escribirme con semejante intencion. (*Se vanta*)

FELIPE. Yo no hablo por tí, ni digo que nozcas ni dejes de conocer... Qué pronto te por aludida! con que facilidad tirando al azar

ADELA. Es que hay muchos que buscan blanco de ese modo.

FELIPE. Sí... porque como blanco puede h ber en todas partes.

ADELA. Te desvives por hallar ahora ur (*Yendo hácia la mesa.*)

FELIPE. Quien sabe! tal vez...

ADELA. Has encontrado ya alguno?

FELIPE. Francamente, sí; y en tu interes tá desvanecer un error que puede ponerme ridículo.

ACELA. Conque por último estás convenci de que esta carta la ha escrito un jóven en morado?

FELIPE. Casi, casi... pero volvamos á la m

ya que hemos convenido en no leerla hasta despues del almuerzo.

ADELA. Sea. (*Se sientan á la mesa.*)

FELIPE. (*Deteniendo á Adela en el momento en que ella va á trinchar el pollo: coje el cuchillo y trincha miéntras habla.*) Entre los estrangeros, entre los fugitivos españoles que tu tio Fernando admitia en su casa, en Douvres, de donde procede esta carta, no habia un jóven bien parecido, (*Adela vuelve la cara.*) interesante por sus desgracias políticas, capitan á los veinte años, algo poeta y muy galante.

ADELA. (*Con viveza.*) Almagiron!... ya sabes que se separó de nosotros hace dos años, que está ausente.

FELIPE. Es verdad.

ADELA. (Ausente!)

FELIPE. Los que están ausentes son los que escriben.

ADELA. Y me ha de haber escrito desde Douvres? desde donde él se ausentó?

FELIPE. Quizá despues de un viage tan largo...

ADELA. (Y tan largo como ha sido! infeliz!)

FELIPE (*Echándose de beber.*) Quizá á su regreso á Douvres te habrá querido hacer saber su feliz llegada: lo he adivinado?

ADELA. (*Con malicia.*) Y si yo te dijese que tan solo para castigarte?

FELIPE. Castigarme! (*Poniendo otra vez la olla á enfriar.*) Pues qué, crees que estoy celoso de Almagiron? he perdido acaso la memoria de lo pasado? Crees que no recuerdo que hace tres años cuando pedí tu mano á tu tio (*corta pan.*) me contestó que tambien el jóven Almagiron y el señor Tornwall le habian hecho la misma peticion, que dejó á tu arbitrio la eleccion...

ADELA. Y que en vez de elegir á Almagiron á Tornwall...

FELIPE. Me hiciste feliz! esa es mi mejor justificacion cuando me digas que estoy celoso de Almagiron.

ADELA. Y si yo creyese que estás celoso? tu inquietud me demuestra...

FELIPE. En fin; tu eres española, preferiste un frances á un español; pero despues las desgracias políticas que pesaron sobre tu compatriota excitaron tu compasion; tal vez él haya interpretado por amor aquella compasion y por ...

ADELA. Por eso me escribe, no es así? de todo esta carta es de Douvres; de Almagiron? Hace un año no te hubieses atrevido á usar conmigo semejante lenguage.

FELIPE. Hace un año te hubieses reido de mis sospechas.

ADELA. Con que de ese modo, crees que tu acusacion es verdadera?

FELIPE. Quisiera no creerlo.

ADELA. Crees que Almagiron me ama?

FELIPE Eso no es un crimen en tí.

ADELA. Y que yo le amo, no es verdad?

FELIPE. Yo no soy tu juez.

ADELA. Pero sí mi acusador. (*Echa la servilleta sobre la silla y se levanta de la mesa.*)

FELIPE. (*Levantándose y colocándose en el centro de la mesa.*) Tu obligacion es defenderte.

ADELA. (*Atravesando de derecha á izquierda.*) No me costará mucho trabajo. Almagiron era un proscrito, hijo de Cadiz, mi patria; fué herido peligrosamente por los contrarios de mi familia y se batió por la misma causa que labró nuestra desgracia: la piedad que yo sentia hácia él era hija del reconocimiento; ántes de caer herido salvó á mi padre de un inminente riesgo...

FELIPE. Conque era el reconocimiento!.. (ya me voy reconciliando con él.) (*Pasa á la derecha de la mesa.*)

ADELA. He recibido mi educacion en Inglaterra, pero aunque abandoné la España siendo muy niña, con todo la desgracia de un español arrancaba lágrimas á mis ojos: y á quien no hubiese conmovido su infortunio? (*Felipe se sienta junto al velador.*) Tornwall, el mismo Tornwall de quien hablabas ahora mismo, no le envió á la Habana con un buque que le regaló? Tornwall le apreció en lo que valia, le llamó su amigo, le condujo desde Douvres á Londres en donde le presentó á sus dos hermanas, mis dos buenas amigas; el buen Tornwall cediendo á los impulsos de su corazon noble y generoso trató de consolarle en su destierro por medio de las distracciones propias de su edad; dispuso fiestas, cazas, carreras de caballos... en fin, Tornwall es un sujeto apreciable por todos conceptos, franco, espléndido, y se ha conducido con Almagiron como pudiera haberlo hecho con su mejor hermano.

FELIPE. (*Levantándose y dando una palmada sobre el velador.*) Esa carta es de Tornwall.

ADELA. Como!...

FELIPE. Él es el que te ha escrito. (*Vuelve á sentarse.*)

ADELA. Tú... tus celos son poco acertados.

FELIPE. (*Levantándose y paseando.*) No, no lo creas: te hablaba de Almagiron para conducir la conversacion á este estado: te hablaba de Almagiron porque obrando así, recaeria por último la conversacion en Tornwall, y yo queria que te descubrieses. Ese fuego con que te acabas de espresar me lo ha revelado todo. Tornwall estuvo aquí el año pasado en la época de los baños.

ADELA. Te lo he negado acaso?

FELIPE. Me lo has dicho?

ADELA. Me lo has preguntado?

FELIPE. Es preciso que yo lo pregunte todo?

ADELA. Y te lo he de decir yo todo? (*Felipe pasa de un lado á otro lo mismo que Adela.*) Que porque no se lo he dicho!

FELIPE. Tornwall ha estado en casa durante mi ausencia!

ADELA. Sí.

FELIPE. Te acompañó...

ADELA. Sí.

FELIPE. Dos veces sobre el buque que hay en la rada para transportar á los que toman los baños. Dos veces, dos veces.

ADELA. Sí, sí, dos veces.

FELIPE. Esa, esa es la amiga de colegio que la ha escrito á V. desde Douvres! (*Adela vuelve á pasar, Felipe va hácia la mesa.*) Ahora ya no necesito saber el contenido de la carta: quiere V. que se le diga?

ADELA. Como V. guste; ya le escucho.

FELIPE. Acude V. á la ironía!

ADELA. Acudo á mi dignidad. (*Se sientan los dos. Llaman despues de un breve rato: vuelven á llamar.*)

FELIPE. Han llamado.

ADELA. Es Antonio que viene á decir que los caballos estan dispuestos.—Antonio, (*Levantando la voz.*) no marcharémos hasta dentro de una hora; que esté pronto el carruaje. — Con que decia V... (*Despues de una breve pausa.*)

FELIPE. Que se palabra por palabra lo que contiene esa carta.

ADELA. (¿Quién le habrá dicho...)

FELIPE. (*Sin mirarla y con disgusto.*) A cada línea acusarán á su marido de V. de que la descuida, que la abandona, que no hace mas que viajar y vivir en Paris en medio de los placeres, y que á V. la deja sola y la obliga á pasar una existencia triste al lado de su tio en una ciudad desierta; que vive separado de V. las tres cuartas partes del año. — V. sabe que mis asuntos son los que me obligan á ello y no mis caprichos, (*Volviéndose hácia ella.*) que aquellos me alejan de V.

ADELA. No he dicho nunca lo contrario.

FELIPE. Sus *amigos* de V. se encargarán de decirlo, y añadirán sin duda que V. es digna de compasion, digna de mejor suerte; que V. hubiese sido mas feliz á su lado, al lado de un amante que hubiese satisfecho sus menores deseos, pero que V. (*Adela se levanta y va sencillamente hácia su marido.*) no lo ha querido, ha preferido V. á un hombre voluble, celoso, que no merece su fortuna.

ADELA (*Apoyándose en el hombro de Felipe.*) Me parece que en esta ocasion debe V. dec porque se acusa con tanta acritud.

FELIPE. Esa sónrisa oculta una inquietud pro funda.

ADELA. Se encuentra V. muy tranquilo?

FELIPE. Tanto que diria el fin de la carta co la misma calma con que la he principiado... s temer la resultas.

ADELA. Dígale V. (Esa seguridad!)

FELIPE. Ahí la avisarán á V. que Tornwall ver drá pronto de Dieppe con la idea de decidir V., esa será su esperanza, á hacer un viaje Inglaterra, en donde la esperan sus buen amigas. El pretesto será la poca salud de V la verdadera causa será el amor.

ADELA. El amor! si le leyese á V. esta ca ta le convenceria de la falsedad de sus supo siciones; pero ahora seria una debilidad en m de la que me tendria que arrepentir mas ta de; no leerá V. esta carta, no la verá V.

FELIPE. (*Con imperio.*) Y si yo lo exigies

ADELA. Tome V; ahí la tiene V.; (*Presen la carta á Felipe que hace un movimienio p ra cojerla.*) pero no olvide que despues haberla leido, todo ha concluido entre los d

FELIPE. (*Aparte, despues de una larga i decision.*) (Muchas mujeres de talento emple la misma amenaza en iguales circunstancias q á veces es de un éxito seguro.) V. supone q al conocer yo su falsedad habia de querer ju tarme con V?

ADELA. Yo le ruego á V. que lea la cart

FELIPE. La leeré, sí, quedará V. compla da. Deme V. la carta.

ADELA. (*Arroja la carta con enojo sobre velador y se dirije al foro diciendo.*) Tóm V. — Dentro de una hora parto con mi tio.

FELIPE. Bien.

ADELA. Ahora mismo. (*Miéntras Felipe se rije al velador ella va al foro y toca la ca panilla: va á la ventana y dice.*) Postillon, bajo: tomará V. el camino de Paris.

FELIPE. (*Volviéndose con rapidez y deja caer la carta sobre el velador.*) De Paris! V. á Paris?

ADELA. Sí. (*Poniéndose el chal y el sombre*

FELIPE. Sin mí?

ADELA. Sin V.

FELIPE. Bien, yo voy á Forges.

ADELA. Me alegro.

FELIPE. Aunque ahora la causa esencial viaje.

ADELA. Me parece que le será á V. difícil obtener....

FELIPE. Pasaré como hasta aquí: dejaré herencia á mis padres. (*Volviéndose con rápi hácia Adela que pasa á la derecha.*) Y tambien.

ADELA. Precisamente.

(*Adela va á cerrar la maleta de Felipe donde están las sombrillas, las botitas etc. e*

FELIPE (*cojiéndola del brazo y haciénd pasar á la izquierda.*) Dispense V., esta m leta es la mia. (*Echa al suelo con cólera p gresiva los objetos que saca de ella.*) Ahí tán los aderezos, las botas...

ADELA. (*Arrojando tambien los objetos puestos en su maleta por Felipe.*) Ahí tiene V. las pistolas.

FELIPE. El necessaire, las sombrillas.

ADELA. Los cigarros.

(*Echándolos por el aire.*)

FELIPE. El bastidor, las novelas, los juguetes; que vuelvan á Paris de donde han salido.

ADELA. Ahí tiene V. ese espantoso avechucho. (*Le arroja á los piés de Felipe.*)

FELIPE (*con ira.*) Buitre debe V. decir. (*Coje el ave y la pone sobre la silla que está al lado del velador.*)

ADELA (*despues de haber cerrado su maleta.*) Que V. lo pase bien.

(*Se dirije hácia el foro; Felipe pasa á la izquierda.*)

FELIPE. Buen viaje.

ADELA (*Aparte, en el umbral de la puerta; conmovida.*) (Persiste en querer leer la carta.)

FELIPE. (Creo que no esta tan resuelta como parenta.)

ADELA (*vuelve y coje la carta que está sobre el velador.*) No coje V. la carta?

FELIPE (*conmovido y corriendo hácia ella.*) Ah! Adela! tú te estás violentando! tu padecerás mucho.

ADELA. Por tu causa.

FELIPE. Esas lágrimas...

ADELA. (*Quitándose el sombrero que deja caer en el suelo.*) Qué te importan mis lágrimas?

FELIPE. Esas lágrimas demuestran culpa ó arrepentimiento?

ADELA. La culpa de haberte amado.

(*Arroja el chal sobre el velador.*)

FELIPE. Adela! (Pero si todo esto fuese una comedia! las lágrimas en las mujeres son un arma como la cólera: volver atras es ponerme otra siempre á su disposicion: no; valor.) Parezco mas que tú y conozco la dureza de mi corazon; pero mi honor me incita á llevarla á cabo. Dame esa carta. (*Adela va á darle la carta, la retira con presteza, mira con atencion el sobrescrito, y prorrumpe en una carcajada.*) Qué motiva en ti esa repentina alegría?

ADELA. (*Riendo.*) Vas á saberlo.

FELIPE. Dí.

ADELA. Déjame reir, porque creo que sinó me ahogará la risa.

(*Se apoya en el respaldo de una silla.*)

FELIPE. Quieres ganar tiempo para evadir de modo el hacer una revelacion terrible, no es verdad?

ADELA. Muy terrible. — Esta carta no es de Douvres. (*Riendo.*)

FELIPE. No es de Douvres?

ADELA. No; ha pasado por Douvres como todas las cartas dirijidas á este punto del continente; pero es de Plymouth.

FELIPE. De Plymouth! (*Con asombro.*)

ADELA. Míralo tú mismo; aquí, en este ángulo del sobre; ese sello azul medio borrado que roce: «Plymouth.»

FELIPE. En efecto.

(*Queriendo cojer la carta.*)

ADELA. De Plymouth en donde yo no conozco á nadie, ni he estado jamás, ni hay nadie que pueda escribirme. (*Con intencion.*)

FELIPE. (*Con ansiedad.*) (Plymouth!)

ADELA. La eme que precede al apellido Courberive quiere decir, Monsieur; es á tí y no á mí á quien va dirijida. Ahí la tienes; yo no quiero saber su contenido.

FELIPE. (*Cojiendo con presteza la carta y metiéndola en la faltriquera esterior y superior de su paletó de manera que quede un tercio de ella descubierto.*) Sí, es para mí. (*Hace un esfuerzo para reir.*) El cambio es singular, tiene chiste.

ADELA. (*Mirándole fijamente: dice con intencion.*) Muy singular!

FELIPE. Volvamos á la mesa?

ADELA. (*Con despego.*) No tengo ya apetito.

(*Va á sentarse al lado del velador que está á la derecha y arroja al suelo el buitre que está encima de ella.*)

FELIPE. (*Acercándose á Adela.*) (Maldita carta!) Vamos, Adela, olvida mis sospechas, perdona mis palabras imprudentes, muy imprudentes. (*Levanta del suelo el sombrero de Adela y lo pone con sumo cuidado encima del velador.*) Yo he hecho mal, muy mal al pedirte que me confiases lo que no me pertenecia saber. (*Sacude con su pañuelo las botitas y las pone dentro de la maleta, lo mismo va haciendo con todo lo demas.*) Estas botitas son muy lindas.

ADELA. Yo no me he negado á participártelo.

FELIPE. Mirando por tu mismo honor; pero á la verdad, no te complacia...

ADELA. (*Se levanta.*) Al contrario: solamente tu modo de exijirlo... (*Se apoya en la silla que está junto á la mesa.*) Por nuestra mútua tranquilidad debes leer esa carta: es muy grato, tú mismo lo has dicho ántes, Felipe, entre marido y mujer revelarse uno á otro los acontecimientos de la vida.

FELIPE. Aun no están guardadas estas sombrillas ni estos juguetes.

ADELA. La confianza en el matrimonio es la felicidad suprema.

FELIPE. (*Mirando el relox.*) A medio dia debemos marchar á Forges.

ADELA. Son tus mismas palabras.

FELIPE. (*Mirando el relox.*) Va á dar la una.

ADELA. No me dirás...

FELIPE. Qué? Ah! deseas saber por ventura lo que me escriben de Plymouth?

ADELA. Es decir...

FELIPE. No, eh?

ADELA. Sí: conozco que mi deseo parece una venganza, pero...

FELIPE. Es una venganza, es una venganza; y las inglesas no son vengativas.

ADELA. Yo soy española. Dime, Felipe, Plymouth es una villa bonita?

(*Mirando la carta.*)

FELIPE. Yo lo creo; tiene arzobispado.

ADELA. Tú estabas allí en una casa de protestantes?

(*Sin quitar la vista de la carta.*)

FELIPE. (Qué empeño...)

ADELA. Las jóvenes que profesan el protestantismo son, segun dicen, muy sensibles.

(*Pasa á la izquierda de Felipe.*)

FELIPE. Sí, así dicen.

ADELA. Miss Sofía no desmiente esa buena opinion.

(*Va á cojer la carta que está en la faltriquera de Felipe: este adivina la intencion, la saca del bolsillo y con disimulo la deja á medio meter entre los botones del chaleco.*)

FELIPE. (Quien le habrá dicho!...) (Hola!) (*Esconde la carta.*) Conque has oido hablar de Sofía?

ADELA. Sí, se que tiene un lindo talle.

FELIPE. Querida Adela, estoy pensando en el nombre que hemos de poner á nuestro hijo.

ADELA. (*Con despecho.*) Tiene la frente algo saliente.

FELIPE. Hay nombres tan feos como por ejemplo Atanasia!

ADELA. Tiene los cabellos negros.

FELIPE. Se llamará Carlo-Magno.

ADELA. Sus ojos...

FELIPE. Ó sinó Napoleon.

ADELA. (*Con indignacion.*) Ah!

FELIPE. Ó sinó Fernando: sí, Fernando como tu tio, qué te parece?

ADELA. Te estoy hablando de Sofía, no me quieres atender? te estoy diciendo que un jóven á quien tú conoces mucho la ama entrañablemente.

FELIPE. Me vas á contar una novela?

ADELA. Te voy á referir un hecho histórico. Sofía ama con delirio á dicho jóven. (*Coje de repente la carta y le enseña á Felipe el sobre.*) Esa letra es de mujer.

FELIPE. (*Cojiendo la carta y metiéndosela en el bolsillo del pantalon.*) En Inglaterra todos tienen la misma forma de letra.

ADELA. Pues como te decia, Miss Sofía...

FELIPE. A qué hablar tanto de Sofía?

ADELA. ¿Te incomoda... entónces te hablaré de Mad. de Saint-Paul, de la viudita de quien estuviste enamorado en Paris y por quien tuviste dos desafios, de la de Aigremont, de la Malivor, de...

FELIPE. Basta, basta por Dios.

ADELA. Entónces déjame hablar de Sofía que es la que te ha escrito esa carta; de Sofía, á quien tú amaste y á quien despues vendiste casándote conmigo en Douvres; de Sofía que por tu causa se volvió loca.

FELIPE. (Cielos!)

ADELA. Si, tú lo hiciste perder la razon: y me dijiste que yo era tu primer amor! tu vigésimo primer amor: yo lo sabia todo y callaba; pero ahora que has sospechado de mí, ahora que todavía me engañas...

FELIPE. Ah! Adela, perdon! yo lo confieso todo.

ADELA. Ah, confiesas! (*Con aire de triunfo.*)

FELIPE. Si; ven y leamos juntos esta car con la misma franqueza y sinceridad que en primer dia de nuestra union.

ADELA. Bien, leamos.

FELIPE. Pero me perdonarás?

ADELA. Leamos.

FELIPE. Sea. (*Rompe el sello, despues de h berle roto cae el sobre en el suelo, y que con la carta en la mano.*) Qué es esto! segundo sobre!

ADELA. Rómpele.

FELIPE. (*Prorrumpiendo en una carcajada*) Lée.

ADELA. (*Leyendo.*) A Monsieur ó á Madam de Courberive, para entregar á Monsieur Fe nando, antiguo miembro de las Córtes. Y m abajo: «Comunicacion política!» Esta es carta que esperaba mi tio con tanto afan.

FELIPE. Sin duda: de modo que ni es pa tí.

ADELA. Ni para tí. (*Se rien entrámbos*)

FELIPE. (He hablado demasiado: si yo hu biese sabido...!)

ADELA. Todo esto es sorprendente!

FELIPE. Increible!

ADELA. Y tú pensabas que era de... te remo dia la conciencia!... Si viviese Almagiron te aseguro...

FELIPE. Como, ha muerto!

ADELA. Hace seis meses: has tenido cel de un muerto! — Pero Sofía...

FELIPE. Por ese lado puedes estar segura, me adora.

ADELA. Quién me responde de ello?

FELIPE. Se volvió loca cuando me caséc tigo, no es cierto? pues he sabido que ha r cobrado la razon; figúrate qué clase de loc seria la suya.

ADELA. Siendo así te creo. No tendrás celos de Tornwal?

FELIPE. No, Adela; porque eres una mu adorable y nunca te he amado tanto como ah ra. Antonio entregará esta carta á tu tio: v partamos.

ADELA. No es verdad que me dejarás leer adelante cuantas cartas recibas?

FELIPE. Y tú?

ADELA. Yo te dejaré leer todas las mias.

FELIPE. Me lo juras?

ADELA. Si, por el primer fruto de nues amor.

FELIPE. Marchemos pues á Forges.

Y si allí te prueban bien
esas aguas minerales,
y al fin se curan tus males,
y hacen latir nuestra sien
las ternuras paternales,
tras tanta felicidad,
le dirémos la verdad
á auditorio inteligente,
que perdonará indulgente
la pasada *tempestad*.

FIN.

Es propiedad del editor.

Obras de que consta la galería dramática:

JOYAS DEL TEATRO.

TÍTULOS.	ACTOS.
Adriana Lecouvreur. . . .	5
: Al toque de oracion ! .	4
Amarguras de la vida. . .	5
: Carlos V en el monasterio.	1
Cárlos VII entre sus vasallos	5
: Celos, despecho y amor. .	3
Conde, ministro y lacayo. .	4
Corona y tumba.	3
De cocinero á ministro. . .	1
Dieguiyo pata de Anafe. .	1
D. Lope de Vega Carpio. .	3
El caballero d' Harmental. .	4
: El castellano de Tamarit..	4
El castillo del Diablo. . .	5
El conde de Monte-Cristo, 1.ª parte.	4
El Conde de Monte-Cristo, 2.ª parte.	4
El conde de Monte-Cristo. (refundido en un solo drama)	4
El conde Herman. . . .	5
: El del penacho morado. .	3
: El heredero de Rusia. .	5
El Hijo del Diablo. . . .	8
El Judío errante.	6
: El juego de ajedrez. . .	4
El Libro Negro.	6
En el dote está el busilis. .	1

TÍTULOS.	ACTOS.
: En 1830.	3
Es un loco!...	1
Francisco el inclusero. . .	3
Genio contra el poder. . .	4
Julieta y Romeo.	3
La carta perdida.	1
: La condesa de Portugal. .	3
: La duquesa.	8
: La escuela de las familias.	5
: La fe, la esperanza y la caridad.	5
: La juventud del Genio. .	5
La última conquista. . . .	2
Las cuatro barras de sangre.	4
: Las hijas del doctor. . .	2
: Leonardo el peluquero. .	3
: Los borceguies del rey moro.	4
Los espósitos del puente de Ntra. Señora.	5
: Los estudiantes.	4
Los libertinos de Ginebra. .	9
Los Quid-pro-quos . . .	1
: Los subterráneos del castillo negro..	5
Los siete castillos del diablo, ó los Pecados capitales,	

TÍTULOS.	ACTOS.
(comedia de magia). . .	
Maria ó la hija de un jornalero.	
Matilde.	
Me comí á mi amigo. . .	
: Nuestra Señora de Paris..	
: Oh dinero! dinero! dinero!	
: Pobre porfiado saca mendrugo.	2
: Pueblo, nobleza y clase media.	4
Quebrantos de amor.. .	4
Travesuras de Chalamel.	3
Un corazon de muger. .	3
: Un cuarto con dos puertas	1
: Un poema desgraciado.	1
Un viernes.	1
: Una aventura amorosa.	2
Una tempestad dentro de un vaso de agua. . . .	1
Vifredo el Velloso. . .	
: Y á mí que me cuenta V	

NOTA. Las producciones marcadas con dos puntos, no están aun impresas, pero como originales obran en poder del editor, se van imprimiendo sin interrupcion.

Advertencia del editor á las empresas teatrales.

Los teatros que, sin estar suscritos, pongan en escena cualquiera de las obras de las *Joyas del Teatro*, satisfarán CIEN REALES, ya sea produccion dramática en uno ó mas actos sea orijinal ó traducida.

Se tendrá cuidado de que sean aprobadas por la Junta de censura de los teatros del r todas las obras que publiquen las JOYAS DEL TEATRO, como lo están las que han salido á

Ningun manuscrito admitirá el editor que no venga franco de porte.

PRECIO.

Las producciones en un acto, en Barcelona. . . .	2 rs.
Fuera de Barcelona.	3 rs.
Las de dos ó mas actos, en Barcelona.	4 rs.
Fuera de Barcelona.	5 rs.